

27 de Agosto de 1857.—Un gran día de mi vida. Me quedé en casa, muy triste por lo de la India (1). No es que dude del resultado; pero la noticia es desconsoladora. Me fui á comer, y apenas había empezado, cuando vino un mensajero con una carta de Palmers-ton, ofreciéndome la dignidad de par, con el beneplácito de la reina. Me quedé muy sorprendido. Quizá jamás se ha hecho tal ofrecimiento sin la menor solitud, directa ni indirecta, á un hombre de humilde origen y de modesta fortuna, que había abandonado hace tiempo la vida pública. No vacilé en aceptar, con mil expresiones de respeto y gratitud; pero Dios sabe que las pobres mujeres de Delhi y de Cawnpore me preocupan más que mi corona. Me fué preciso elegir un título de repente. Resolví ser barón Macaulay de Rothley. Allí he nacido; allí he vivido mucho; llevo el nombre de la familia que tuvo el señorío durante mucho tiempo; allí fué rector mi tío. Nadie puede quejarse de que tome el nombre de una aldea que no es propiedad de nadie ahora.

Macaulay salió del país el 1.º de Septiembre. Después de su regreso del continente, dice: «Ayer, al venir de la estación á Holly Lodge, entré en la Institución Real, y vi los periódicos de la última quincena. Mi elevación promueve una exclamación general de júbilo. Me satisface de veras ver lo bien que estoy con el público y que ha sido un paso afortunado para Palmers-ton el concederme á mí esta dignidad.» «Creo—escribe mi madre—que el haberle hecho par es una de las pocas cosas que aprobaba todo el mundo. No recuerdo ninguna opinión adversa. El se regocijaba de ello,

(1) Estaba entonces en su apogeo la insurrección de los cipayos. Empezaba á traslucirse en Inglaterra la verdad sobre el asunto de Cawnpore.

como le pasaba en todo, sencilla y cordialmente. Aquel verano hicimos una excursión al Tirol; y á la vuelta, yo y mis hijos, nos detuvimos en París para pasar unos cuantos días en el hotel del Louvre con tu tío y mister Ellis. Me acuerdo muchas veces de nuestra llegada á las once de la noche, de la mesa puesta que nos aguardaba, de su alegre recibimiento, y de cómo nos invitó á acertar la noticia que tenía, y de su desencanto al ver que yo la acerté inmediatamente. Luego lo que disfrutamos juntos: la última reunión completa, porque al año siguiente empezó el cambio, y el cambio ha sido después la regla de mi vida.

*Al Reverendo Dr. Whewell.*

Holly Lodge; Kensington, 9 de Octubre de 1857.

Mi querido maestro: Gracias por su bondad, que es lo que ha sido siempre. Desgraciadamente, yo estoy tan resfriado y Trevelyan tiene tanto que hacer, que ninguno de los dos podremos ir á Cambridge la semana próxima acompañando á nuestro mozo—porque á los dos nos interesa igualmente.—Es para mí una alegría el saber que ahora tengo un nuevo vínculo con la Trinidad.

Siempre suyo,

MACAULAY.

Mi tío había estado esperando mucho tiempo el período de mi residencia en la universidad como una ocasión para reanudar los antiguos recuerdos que tanto

acariciaba, y que, después de treinta y cinco años, ocupaba tan gran puesto en su pensamiento como siempre. En este momento tengo ante mí su calendario de Cambrigde para 1859. El libro está lleno de letra suya. Se tomó el trabajo de completar las listas de premiados, entre 1750 y 1835, con los nombres de todos los hombres distinguidos que recibieron el grado cada año, pero que, no alcanzando honores, no lograron la inmortalidad que puede conferir el calendario de Cambrigde. Infinidad de anotaciones de su diario prueban que nunca cesó de enorgullecerse de haberse conquistado un nombre en la universidad. El 11 de Junio de 1857 escribe: «Comí con Milnes, y estuve sentado entre Thirlwall y Whewell: tres *fellows* de la Trinidad juntos, y no es poco para un colegio haber producido tales ejemplares en seis años, aunque yo lo diga.»

Si la veneración de Macaulay por las anécdotas personales referentes á las costumbres y hechos de estudiantes célebres hubiese de mirarse como una indicación de sus gustos, hay que creer que de buena gana hubiera vuelto á ser miembro de su antiguo colegio, llevando la vida de un *señor fellow*, tal como era, ó como él imaginaba que había sido, en los días de Porson, de Scholefield ó de Dobree. Con gusto (así lo creía al menos) hubiera pasado los veranos á orillas del Cam, publicando la *Farsalia*, confrontando los manuscritos de la *Hécuba* que figuran entre los tesoros de la biblioteca de la universidad, y «entreteniéndose con Trifodoro, los epigramas de Calimaco y las historias de Tácito».

En Mayo de 1858 me hizo la primera de las visitas que me había enseñado á esperar con fuición desde que tuve la edad bastante para saber lo que era un co-

legio. Hasta muy avanzado el día entretuvo á varios estudiantes invitados al almuerzo, poniendo á contribución sus tesoros de datos sobre la historia, costumbres y tradiciones de la universidad. Pero, en medio de lo orgulloso que yo estaba de él, pocas cosas puedo recordar más dolorosas que el contraste entre el vigor de su inteligencia y su memoria y la gran debilidad de su cuerpo. En Julio de 1858 lord Carlisle manifestaba su pena «de ver á Macaulay muy quebrantado por la tos»; y en el mes de Mayo no eran menos visibles los síntomas del decaimiento de su salud. Con una inteligencia tan lozana todavía como cuando en 1820 ganó la toga azul en la Trinidad, y disputaba con Carlos Austin hasta las cuatro de la madrugada sobre los méritos comparativos del método inductivo y del método *à priori* en la política, era ya patente que un paseo por el puente de Clare y por la orilla del gran prado del colegio del Rey, á razón de media milla por hora, era un ejercicio demasiado rudo para sus fuerzas.

En el otoño de 1857 quedó vacante el puesto de gran Senescal del burgo de Cambridge por defunción del conde Fitzwilliam, y Macaulay fué elegido en su lugar por el voto unánime del Consejo de la Ciudad. «El cargo—dice—ha sido desempeñado por una serie de hombres de los más eminentes en la historia política y literaria: el protector Somerset; Dudley, duque de Northumberland, Ellesmere, Bacon, Coventry, Finch, Oliverio Cromwell, Clarendon y Russell. Muy pocos puestos han estado provistos de esa manera.» La ceremonia de la toma de posesión se aplazó para la primavera de 1858.

*Martes, 11 de Mayo.*—Llegué á Cambridge á las diez. El mayor fué á la estación á recibirme, y estuvo muy atento y cariñoso. Fui con él á la Casa Consistorial,

presté juramento, y luego fui introducido en el gran salón donde había preparado un banquete público. No había estado en ese salón desde 1820, cuando oí cantar allí á miss Stephens, y tomé parte en una furiosa contienda entre *God save the King* y *God save the Queen*. Había estado antes en ese salón. Asistí allí á dos reuniones de la Sociedad bíblica de Cambridge: la de 1813 y la de 1815. En la fecha de la última compré el *Waterloo* de Scott, que se acababa de publicar, y le leí regresando á Aspenden Hall, con una gran helada. Pero ¡qué manera de divagar! El salón parecía ahora más pequeño que entonces. Había unos cuarenta funcionarios municipales y otros tantos invitados, principalmente de la Universidad. El mayor brindó por mí de una manera muy lisonjera. Contesté concisamente, excusándome, con mucha verdad, de no ser más extenso por el estado de mi salud. Fui bien recibido, muy bien. Siguiéron varios discursos, diciendo el vicescanciller muy amablemente que yo era prenda de la continuación de la armonía existente entre la ciudad y la Universidad.

Macaulay tenía buenas razones para abstenerse de pronunciar un largo discurso, como era harto evidente para su auditorio del salón de sesiones de Cambridge. Pasó una nube de tristeza por el espíritu de todos los presentes, al escuchar las breves pero expresivas frases en que les recordaba que hubo un tiempo en que podía hacerse oír de «asambleas más vastas y borrascosas», pero que en adelante no podía hacer ningún servicio por su país más que en el tranquilo retiro de su biblioteca. «Cinco años hace ahora—dijo—que alcé mi voz en público, y, á menos de imposición especial de algún deber, no es probable que vuelva á levantarla nunca.»

No sobrevino esa imposición. La indiferencia de Macaulay hacia las vicisitudes de la política de partido había llegado á ser por este tiempo un hábito arraigado. Su correspondencia durante la primavera de 1857 contiene muy pocas y breves alusiones aun á catástrofes tan ruidosas como la derrota ministerial con motivo de la guerra de China, y el cambio extraordinario de fortuna que siguió cuando la cuestión fué llevada á los comicios. «¿Hubo jamás nada—escribe—desde la caída de los ángeles rebeldes, como el fracaso de la Liga contra la ley de cereales? ¡Cómo has caído del cielo, Lucifer!» La opinión de Macaulay en la materia era favorable al gobierno y contraria á la coalición. «Me alegro—escribía en vísperas del debate—de haber concluido con la política. No hubiera podido menos de tener un encuentro bastante rudo con lord John.» Pero el tiempo de sus encuentros rudos había pasado, y reservaba sus opiniones de partido para las controversias sobre los ejércitos permanentes y sobre los privilegios reales que agitaron los dos últimos Parlamentos del siglo XVII. Él era, según sus propias palabras, «un vehemente ministerial de 1698», que pensaba en Somers y en Montagne más que en Campbell y en Palmerton.»

Un débil interés llegó á sentir, más personal que político, por la marcha de la Cámara Alta, cuando, al sentarse por primera vez en los bancos rojos, se encontró en presencia del más eminente entre sus antiguos rivales, adversarios y aliados. «Lord Derby—escribe—era el mismo en todo: hábil, perspicaz, claro, preciso; sin apuntar nunca alto, pero acertando siempre allí donde apuntaba.» Un cuarto de siglo no había modificado la opinión de Macaulay sobre lord Brougham, ni suavizado su manera de expresarla: «¡Ex-

traño ente! Sus facultades evaporadas. Su rencor inmortal. Una ortiga muerta.»

Durante su primera legislatura el nuevo par tuvo intención de hablar más de una vez sobre asuntos referentes á la India. En Febrero de 1858 lord Ellenborough hizo una petición de documentos, con la mira, según se creía, de obtener pruebas de que la rebelión de los cipayos había sido provocada por el espíritu de proselitismo del gobierno británico. Macaulay resolvió poner al elocuente y temible ex gobernador general en el trance de pagar cuentas atrasadas. Pero la cosa no pasó adelante.

19 de Febrero.—Trabajé mucho para prepararme á discutir la gran cuestión de religión y educación en la India. Fui á la Cámara. El discurso de lord Ellenborough se refería á una menudencia tocante al informe de un solo inspector—y me temo que muy simple—de Bahar. Lord Granville respondió bien, y mucho más de lo necesario. Luego se cerró el debate. Muchos opinan que lord Ellenborough hubiese sido más extenso y vehemente si no le hubiese detenido el verme dispuesto á responder. Dicen que tiene menos agallas de lo que anuncian sus fogosidades y desenfados. Yo sólo diré que estaba tan asustado de él como él podía estarlo de mí. Me acordé de Winkle y de Dowler en *Mr. Pickwick*. El 1.º de Mayo del mismo año dice Macaulay: «Pensaba ir al Museo; pero, viendo que lord Shaftesbury ha hecho una petición que puede originar un debate sobre el cristianismo en la India, me quedé todo el día en casa preparándome para hablar si hubiese ocasión. No diré una palabra acerca de mis intenciones. No puedo menos de pensar que saldré bien, si tengo voz bastante para hacerme oír. Pero, cuando llegó el día, escribe: «Shaftesbury presentó la peti-

ción en pocas palabras, y en pocas palabras respondió lord Ellenborough (1). Pronunciar un largo discurso en regla en tales circunstancias hubiese sido absurdo; así es que me fui á casa tranquilamente.

En el curso del año 1858 varios de los franceses eminentes que se negaban á doblar la rodilla ante el segundo imperio, tuvieron frecuentes y amistosas conversaciones con Macaulay sobre el porvenir de su desgraciada patria; pero no lograron convencer al historiador de nuestra gran revolución de que la experiencia de 1688 pudiese repetirse con éxito en el suelo galo. Yo combatí enérgicamente—dice en una ocasión—la idea de que pudiese hacerse mucho bien por vía de insurrecciones, ni aun contra los malos gobiernos del continente. ¿Qué bien han hecho las revoluciones de 1848? O mejor: ¿qué daño no han hecho? Las únicas revoluciones que han salido bien, han sido revoluciones defensivas—la nuestra de 1688; la francesa de 1830.—La americana fué, en gran parte, de la misma especie. El 15 de Mayo dice: Vino Montalembert. Habló extensa y vehementemente sobre el degradado estado de Francia. Yo hubiese podido responder una porción de cosas; pero me abstuve, porque le quiero mucho. Dos semanas después: Vino Dubergier d'Hauranne con su hijo. ¡Cuánto declamó contra el emperador francés! A mí no me gusta el emperador ni su sistema; pero no creo que sus enemigos puedan abrigar esperanzas razonables de obtener un gobierno mejor, si le derrocan. Yo no puedo decir á un francés lo que pienso: que los franceses no tienen más que hacer sino dar gracias; que un pueblo que derriba violentamente gobiernos constitucionales, y vive tranquilamente

(1) Entre Febrero y Mayo lord Ellenborough fué nombrado secretario del Consejo de Intervención de la India.

bajo el despotismo, debe y tiene que ser despóticamente gobernado. Nosotros hubiésemos reformado el gobierno de la casa de Orleans sin derribarle. Nosotros no hubiésemos sufrido durante un día el yugo de *Celui-ci*. Sin embargo, compadezco á hombres como Duvergier d'Hauranne y Montalembert, que van muy por delante de la masa de sus compatriotas.

Macaulay tenía poca atención que conceder á la política de los pasillos de Westminster ó de los *boulevards* de París; pero no hay que creer que mirase con indiferencia los intereses más amplios y más permanentes de la nación y del imperio británico. El honor de nuestra bandera y el bienestar de nuestro pueblo eran ahora, como siempre, los primeros objetos de su solicitud. Inglaterra—escribe—parece profundamente tranquila. ¡Quiera Dios que siga así por mucho tiempo, y que la historia de los años que me resten que vivir sea la parte más insípida de su historia! Es triste vivir en tiempos donde ocurran cosas cuya lectura entretenga. El fervor de su voto por la tranquilidad pública fué inspirado por los recuerdos de 1857, que estaban frescos aún en la memoria de Macaulay. El 29 de Junio de aquel año terrible anota en su diario: Almorcé con Milnes. Horribles noticias de la India: matanza de europeos en Dehli y rebelión. No abrigo temores por nuestro imperio indio; pero este suceso es espantoso. Volví á casa sin ánimos de trabajar. No lo intentaré ahora. Y otra y otra vez escribe: No puedo ponerme á trabajar mientras no se resuelva el asunto de Dehli. Su correspondencia durante los meses posteriores, está sembrada de alusiones á la India. No hay más noticias; es decir, no hay noticias posteriores á las que teníamos antes de marcharse usted; pero diariamente aparecen en los periódicos cartas particulares. Las crueldades

de los cipayos han inflamado á la nación en términos sin precedentes, hasta donde mi memoria alcanza. Las sociedades de la paz, las sociedades para la protección de los indígenas y las sociedades para la reforma de los delincuentes, guardan silencio. Se alza un clamor terrible de venganza. La reseña de la terrible ejecución militar de Peshawur—cuarenta hombres barridos por el cañón, volando en todos sentidos sus cabezas, brazos y piernas—fué leída con deleite por personas que hace tres semanas eran opuestas á toda pena capital. El mismo Bright se pronuncia por la represión vigorosa. La opinión casi universal es que no se perdone á un solo cipayo de los que hay dentro de los muros de Dehli; y confieso que es una opinión con la cual no puedo menos de simpatizar.

Cuando Macaulay escribía estas palabras, aún estaban sin castigar los crímenes de los amotinados y sin quebrantar su poder. La creencia de que la misericordia con el cipayo no era misericordia, mientras Delhi permaneciese en manos rebeldes, fué pauta á que se abstuvieron rígidamente en el Peujab y en las provincias del Noroeste hombres bien humanitarios por temperamento y por convicción religiosa. Esa creencia era casi universal en la población de nuestra raza á ambas orillas del Atlántico. La opinión pública de la filantrópica y abolicionista Boston no se diferenciaba en este punto de la opinión pública de Londres. El correo de la India—escribía el doctor Oliverio Wendell Holmes—trae relatos de ultrajes y asesinatos de mujeres y niños. El baluarte real está en manos de los asesinos de criaturas. Inglaterra descuelga el mapa del mundo, y hace esta corrección: DEHLI; *táchese*. El mundo civilizado dice: ¡Amén!

19 de Septiembre de 1857.—Las cosas de la India

andan mal. El deplorable suceso de Dinapur puede acarrear graves dificultades. Sin embargo, pronto cambiarán las tornas. Pero es doloroso ser tan vengativo como yo me he vuelto. Yo, que no puedo ver sufrir á un pájaro, podría ver sin pestañear que Nana Sahib sufriese todas las torturas de Ravailiac. Y estos sentimientos no son sólo míos. ¿Es posible que tales sentimientos, labrando durante un año, no ejerzan ningún influjo sobre el carácter nacional? La influencia será, en parte, buena, y en parte, mala. Se acercarán nuestros nervios. La afeminada y enojosa filantropía perderá todo su influjo. Pero ¿no rebajaremos en general el precio de la vida humana? Habiendo llegado á gozarnos en la desdicha del culpable, ¿no sentiremos menos simpatía por los sufrimientos del inocente? En un sentido no cabe duda de que, al exigir una tremenda reparación, cumplimos nuestro deber y realizamos una obra piadosa. Eso hace Calcraft cuando ahorca á un asesino. Sin embargo, la costumbre de ahorcar asesinos pervierte á la persona.

Macaulay hizo cuanto estaba en su poder por demostrar que en semejante crisis se interesaba como ciudadano en la suerte de los suyos. A invitación del lord Mayor se hizo miembro del Comité para el socorro de los que habían padecido en la India. El día señalado para la solemnidad religiosa escribe:

*7 de Octubre.*—Viento y lluvia. Sin embargo, fui á la iglesia, aunque no bueno, ni remotamente. Nada más solemne que el aspecto de la concurrencia, que era numerosa. El sermón fué detestable: ignorancia, estupidez, fanatismo. Si se siguiesen las máximas de aquel mentecato y de otros como él, pronto tendríamos que habérmolas, no con la sublevación de un ejército, sino con la de toda la nación. El querría que

el gobierno mandase misioneros á todas partes, invitase á los cipayos á oír la doctrina cristiana y convirtiese las escuelas del gobierno en seminarios cristianos. Afortunadamente, el buen sentido del país es una garantía contra doctrinas tan perniciosas, y una garantía mayor aún la falta de sentido de ellas. Predicar el cristianismo suena muy bien; pero desde el momento en que se proponga cualquier plan, se enzarzarán todas las sectas religiosas. Los que estamos por la neutralidad absoluta seremos apoyados, contra necios como este hombre, por todos los disidentes, por los escoceses y por los católicos romanos.

*25 de Octubre.*—Mi cumpleaños. Cincuenta y siete. No he tenido un mal año. Mi salud no es buena; pero conservo la lucidez de la inteligencia y el calor del corazón. Recibo numerosas muestras de la buena opinión del público: un público numeroso, que comprende los hombres ilustrados del antiguo y del nuevo mundo. Me han hecho par, con tanto aplauso, en mi sentir, como á cualquiera de los que han obtenido esa distinción en mi tiempo. Cosa mucho más importante para mi felicidad que la riqueza, los títulos y aun la fama: las personas á quienes quiero están buenas y contentas, y son muy bondadosas y cariñosas conmigo. Gran cosa es todo esto. Algo tengo, no obstante, contra el año pasado. Los disturbios de la India me han afectado más que ninguno de los sucesos públicos de todo el curso de mi vida. Seguramente, veía más de cerca el peligro que amenazaba al país á principios de Abril de 1848. Pero aquel peligro se dominó pronto; y la rebelión india ha durado ahora varios meses, y puede durar meses aún. Las emociones que excita, además, son muy fuertes. Puedo decir que hasta este año no sabía yo lo que significa realmente el odio vengativo. ¡Con qué